
EL HORNERO

REVISTA DE ORNITOLOGÍA NEOTROPICAL



Establecida en 1917
ISSN 0073-3407

Publicada por Aves Argentinas/Asociación Ornitológica del Plata
Buenos Aires, Argentina

El mimetismo en las aves

Mata, A. B.

1923

Cita: Mata, A. B. (1923) El mimetismo en las aves. *Hornero* 003 (01) : 095-097

www.digital.bl.fcen.uba.ar

Puesto en línea por la Biblioteca Digital de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales
Universidad de Buenos Aires

EL MIMETISMO EN LAS AVES

Son notables los casos de mimetismo, a veces extraordinarios, en las aves. No sólo el color de su plumaje, imitando el color de los pastos secos o el ambiente nebuloso de las selvas, sino también su canto es el que las protege contra sus enemigos.

El color de muchos animales les sirve de defensa en los azares de la penosa lucha por la vida. Fenómeno es éste que presentan casi todos los animales que no poseen poderosos medios de defensa, por ejemplo, las cachirlas (*Anthus*), las ratonas (*Troglodytes*), y pequeños mamíferos que como ellos pueden servir de presa a las aves de rapiña.

La perdiz común, *Nothura maculosa* (Temm.), debido al color amarillo-pajizo con manchas y estrías negras de sus plumas dorsales puede pasar desapercibida de sus enemigos. Los que han frecuentado el campo habrán observado que muchas veces, yendo por un camino, sale de improviso y casi debajo de nuestros pies, una perdiz. Eso es porque no la hemos notado debido a que su color es casi uniforme con la coloración del terreno que la rodea.

Lo mismo sucede con la cachirla (*Anthus correndera* Vieill.) que pasa desapercibida aun para el ojo más avizor.

La «cachirla», que tiene su plumaje dorsal de un color amarillo-verdoso con manchas negruzcas, presenta acentuada semejanza con el color del plumaje de la perdiz.

Otro caso de notable mimetismo es el del «urutáu», *Nyctibius griseus* (Gm.), que viviendo siempre en la penumbra de las selvas tropicales adquirió ese color nebuloso que tienen muchas aves (caprimúlguidos en particular) de las que viven como él en la obscuridad de las regiones selváticas. En estas aves los colores son oscuros, observándose manchas de colores apagados: gris, plomo, etc., contribuyendo estos colores a la conservación de estas especies.

Además el «urutáu» aprovecha estas condiciones naturales durante la incubación, pues su nido está situado generalmente en la extremidad de una rama de árbol quebrada y seca. En la extremidad quebrada, el ave, aprovechando cualquier hoyo en la madera deposita su huevo, y durante la incubación mantiene su cuerpo junto al tronco quebrado simulando una prolongación de ese despojo trunco, debido a su coloración⁽¹⁾.

Más notable aún, es el caso del mimetismo del «caburé», *Glaucidium nanum* (King). Es una sabia obra maestra de la naturaleza, un caso quizá único entre las aves. Es un Strigiforme pequeño y débil, y es acaso, quizá, por su misma debilidad y pequeñez, por lo que la naturaleza le dotó de ese raro dibujo que presenta el plumaje de la parte posterior de la cabeza cuando éste se halla erizado.

Este singular dibujo representa una cara de lechuza de las del género *Strix* o *Asio*, con una expresión genuina de los individuos de su misma familia⁽²⁾.

Para qué le sirve al animal, no lo podemos decir con seguridad.

Y aquí viene al caso una leyenda: Dicen los campesinos que el «cabu-

(1) Algunos datos sobre aves del Paraguay por C. Fiebrig EL HORNERO, vol. II, N° 3, pág. 207.

(2) El «Caburé» *Glaucidium nanum* raro caso de mimetismo, por J. Koslowsky, EL HORNERO, vol. I, N° 4, p. 230.

ré» parado sobre un poste entona tan dulce canción que todos los pajarillos de los alrededores acuden para escuchar fascinados la canción del «caburé», quien, una vez reunidos los pájaros, elige de entre ellos una víctima. Lo que tiene de verdad esta leyenda es, que efectivamente, los pájaros se agrupan alrededor del «caburé», no fascinados por su canto sino indignados contra él, porque según parece la vista de los nocturnos Strigiformes produce en los pájaros y también en muchas otras aves gran indignación.

La víctima del «caburé» es generalmente el más indignado de todos, porque en la ceguera de la ira se acerca demasiado al victimario.

Parece que éste es uno de los «usos» que el «caburé» da a su extraño dibujo cefálico. En este caso le serviría como un medio para procurarse el alimento, pero también le servirá para protegerse, en el caso de que otra ave más fuerte y agresiva que él quisiera atacarlo, lo cual no lo haría por creerse observada por el «caburé».

Otras aves, como ya he dicho, tienen su mimetismo en la voz. La calandria (*Mimus modulator*), por ejemplo, tiene de tal modo dispuesta su siringe, que puede imitar casi con perfección el canto de otras aves. A este fenómeno podemos atribuirle dos causas: o es efecto de la selección sexual, por lo cual el macho entona el canto de otras aves, para gustar a su cara mitad, o es efecto de la selección natural, por la que el ave adquirió esa facultad imitativa.

Por el solo hecho de referirnos al mimetismo de la voz sería innecesaria la anterior digresión, pero hay un hecho que excluye la primera de las causas enunciadas: la calandria suele imitar la voz de ciertas rapaces, lo que por cierto desagradaría a la hembra.

Estos fenómenos de mimetismo tienen que obedecer a una ley de la naturaleza: esa ley es la selección natural que impone la lucha por la vida.

Teniendo en cuenta la variabilidad del color de los animales podemos asegurar que todos los animales que hoy ofrecen colores miméticos, que los hacen confundir con los objetos que los rodean, han presentado antiguamente un color que los hacían resaltar de esos objetos.

Los antievolucionistas nos podrán objetar que hay aves que desde épocas geológicas anteriores habitan un mismo suelo y que por lo tanto no han debido cambiar en la coloración del plumaje, siendo inexacta la anterior afirmación.

Pero sería éste un argumento muy débil, desde que es sabido que las condiciones biológicas de la tierra están cambiando continuamente.

Para los evolucionistas la ley que rige esa evolución es bien sencilla y comprensible, pero los que creen en la fuerza inteligente y creadora, les resulta difícil la concepción de esas leyes; porque ellos no van a estudiar directamente la ley, sino que se entretienen en formular objeciones, muchas veces ridículas, buscando los casos que hasta ahora no se han podido explicar con las leyes naturales de la adaptación y de la selección natural.

Uno de esos casos, dentro del mimetismo en las aves, es el «caburé».

Efectivamente, la conformación, la posición y los usos del dibujo cefálico que presenta el género *Glaucidium* hacen dudar a primera vista de la veracidad de la teoría Darwiniana de la creación paulatina.

¿Cómo y cuándo, se dirá, apareció en los individuos del género *Glaucidium*, esa disposición del plumaje cefálico? ¿En qué condiciones pudo haberse verificado tal cambio en el pequeño «caburé»?

Como no conocemos bien la energía que determina en los seres vivos

las reacciones que los hacen variar en formas o en colores no podemos dar una explicación satisfactoria de muchos fenómenos, que, como el mimetismo del «caburé» se presentan como refractarios a las leyes evolucionistas.

Esta no es causa como para que no podamos considerar como racionales y positivas las teorías transformistas.

Debemos tener en cuenta, para considerar esta teoría, que la inmensa mayoría de hechos la apoyan claramente. Luego ¿debemos considerar como falsa a una teoría que no puede explicar por un momento, cierto número de hechos y si la mayoría?

Luego, el mimetismo del «caburé» no es la obra de una energía inteligente y creadora que premedita esos hechos, como muchos creen, sino es el resultado de una evolución lenta, que supone en el «caburé» diversas fases en la evolución de su maravilloso dibujo cefálico.

La explicación de cómo, cuándo y qué agentes intervinieron en la evolución del «caburé», desde que es un asunto delicado y que exige un atento análisis, lo dejo a la consideración de los lectores inteligentes y sabios.

ANTONIO B. MATA.

ALBINISMO EN LA PALOMITA ZENAIIDA AURICULATA Y EN LA MARTINETA RHYNCHOTUS RUFESCENS

Nuestro consocio, señor Eduardo C. Harper, de Pradere (F. C. O.), nos envía los siguientes datos, sobre dos interesantes casos de albinismo, que ha podido observar y fotografiar en su establecimiento «San Eduardo»:



Fig. 1.—Palomita, *Zenaida auriculata*. Hembra adulta

He continuado observando durante dos años el modo de criar de la torcaza *Zenaida auriculata*. El ejemplar de la fotografía N.º 1 era una hembra que tenía grandes manchas blancas, mientras que su compañero, el macho, era de coloración normal. Todas las crías de esta pareja fueron